

Thomas Mann y el irracionalismo alemán

Por Jorge PORTILLA

Tengo la palabra sobre Thomas Mann. Durante cuarenta minutos, ese hombre de genio está a mi merced. Puedo hacer de él casi lo que me venga en gana, elogiarlo o deturparlo. Hablar de él con inteligencia o estúpidamente.

El león muerto está entregado al hocico del perro vivo.

Ésta es una de las grandes fallas, tal vez una de las inevitables fallas de lo que podríamos llamar la cultura universitaria. Hombres pequeños tenemos que revelar a hombres grandes. Naturalmente no podemos hacer esta operación sin empequeñecerlos. "Un siglo más de lectores y va a apestar el espíritu", dice Nietzsche en alguna parte. Me temo que en esta exposición yo voy a empequeñecer a Thomas Mann y voy a hacer, tal vez, que el espíritu exhale el mal olor característico de esta época de lectores pasivos y de escritores sin genio y sin amor al hombre.

Pienso que contra esta degradación de los hombres grandes por los pequeños profesores, hay un antídoto: la admiración. Si admiramos a un hombre, nuestro discurso sobre él no lo empequeñece. La admiración nos engrandece y nos pone a la altura de las circunstancias. La admiración es el "eros" que unifica a pequeños y grandes. La admiración salva las distancias y nos permite hablar razonable, si no adecuadamente, de hombres que nos rebasan con mucho. La admiración, sin embargo, no significa, en modo alguno, simpatía. Puede haber una admiración en la simpatía y en la concordia, pero puede haberla también en la antipatía y en la discordia.

Este segundo caso es el mío respecto a Thomas Mann.

Mi admiración por él es grande, pero su pensamiento, mejor dicho, el clima intelectual y afectivo de su obra me es profundamente antipático. Y más que antipático, yo diría que me repugna profundamente. Si he aceptado venir ante ustedes a hablar de él, es porque en otro tiempo mis sentimientos eran precisamente los contrarios y porque esta doble experiencia me autoriza a no considerarme en manera alguna descalificado para presentarlo a ustedes.

Pero ¿cómo condensar las vastas reflexiones de Thomas Mann sobre todos los aspectos de la vida humana en unos cuantos minutos? Esto no puede hacerse ni siquiera siguiendo el método fácil de las citas abundantes, porque ello requeriría una relectura cuidadosa de una obra oceánica donde, además, los pasajes sintéticos y plenamente significativos son raros. La expresión "brumas del norte" me viene a la cabeza. El estilo de Mann es una reflexión morosa, minuciosa, llena de recovecos y de meandros, de dudas e interrogaciones donde las ideas claras y distintas, las ideas precisas, los juicios definitivos brillan por su ausencia. Así, entramos en un estado cercano al de la desesperación apenas tratamos de averiguar con claridad y limpieza qué es lo que Thomas Mann pensaba acerca de alguno de los grandes temas que representan lo medular de nuestras preocupaciones a mediados del siglo xx.

En vista de estas dificultades no me ha quedado más remedio que atenerme a mi experiencia personal sobre Thomas Mann, para extraer el material de esta conferencia.

Creo que me asiste el derecho de hacerlo. Después de todo, aun aspirando a la objetividad absoluta, cualquier disertante sobre su obra haría igualmente una selección de temas y de asuntos en la que sería sumamente difícil separar lo objetivo de las motivaciones subjetivas.

En esta perspectiva, voy a hablar del Thomas Mann de mi experiencia y de otras experiencias filosóficas y espirituales conectadas con su obra.

Hace muchos años, más de veinte, leí por primera vez a Mann. *La muerte en Venecia*, novela del esteticismo, la decadencia y la muerte. Después fue *La Montaña Mágica*, novela de la crisis espiritual, de la enfermedad y de la muerte. Más tarde, el *Doctor Faustus*. Mann hablaba un lenguaje que me era familiar y en sus libros encontraba si no una respuesta, sí una armonía profunda con mis inquietudes de adolescente.

Sucede que antes de leerlo había descubierto ya, con inmenso regocijo, a la filosofía alemana, que me introdujo en lo que yo creía eran los aspectos profundos y oscuros de la realidad.

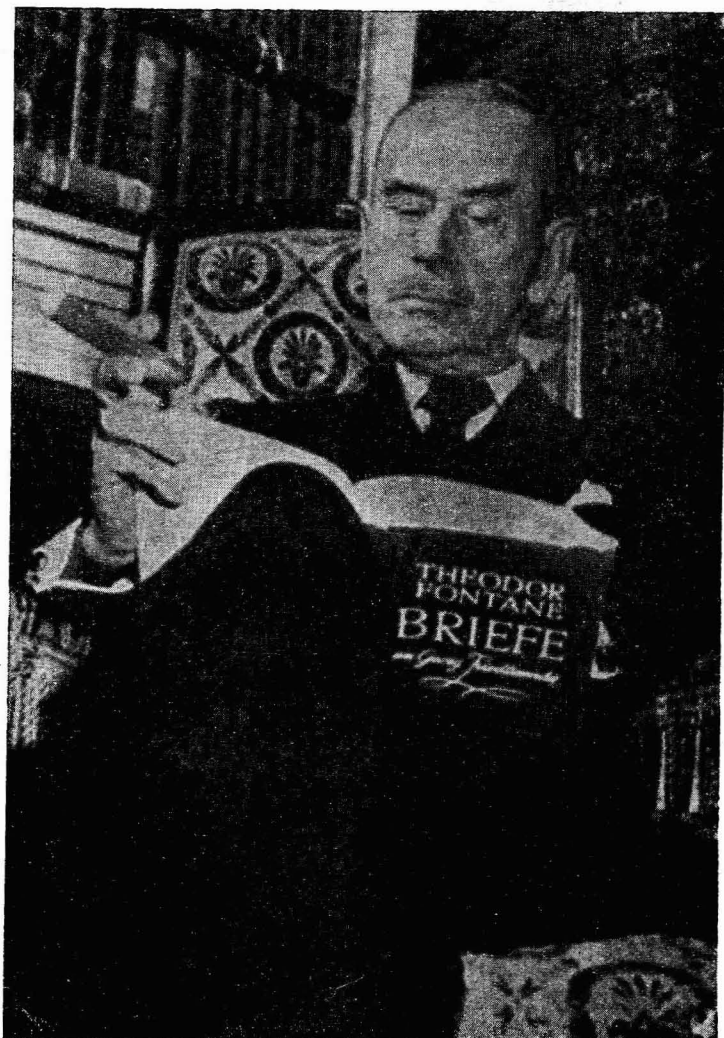
Mi entusiasmo era explicable. Yo estaba pésimamente educado, como lo están todos los mexicanos que han cursado su

enseñanza media, en la que nadie, absolutamente nadie, aprende nada, absolutamente nada importante. A juzgar por lo que me habían enseñado mis maestros de secundaria y preparatoria el mundo no era mucho más que un cuento contado por un idiota, lleno de estruendo, de furia y sin significado alguno.

Fue entonces cuando descubrí un libro de Arturo Schopenhauer, bastante bien traducido al español, que llevaba el complicado título de *Acercas de la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente*. Después fue *El mundo como Voluntad y Representación*.

Schopenhauer me proporcionó, por primera vez en mi vida, la posibilidad de alcanzar una concepción coherente de la realidad. Su filosofía me parecía una sabiduría concreta apegada a los problemas eternos y cotidianos que constituyen el substrato de toda experiencia humana. Más que como una explicación escolar del mundo, se presentaba como una interpretación de la vida escrutada en sus realidades más íntimas. Porque la vida es la realidad primera, anterior a todo pensamiento, a todo conocimiento, a toda doctrina filosófica. La vida puede existir y continuar sin el pensamiento, pero el pensamiento no puede darse sin ella. La filosofía, según Schopenhauer, podía proponer teorías y dar lecciones, pero, a fin de cuentas, es la vida la que decide y la que utiliza a la inteligencia, incluso a la del genio, para ponerla al servicio de sus finalidades secretas, o para usar la expresión del mismo filósofo: "al servicio de la voluntad".

El conocimiento, la "representación" del mundo es algo posterior, añadido, un útil perfeccionado, una luz que la voluntad ha encendido para orientarse en la búsqueda de lo que pueda satisfacerla. Esta voluntad, substrato último de la realidad universal, anterior a la inteligencia humana se manifiesta ya en la naturaleza: en las plantas, por el dispositivo ingenioso y orientado de su estructura; en el animal, por la perfección móvil de



Thomas Mann: "la enfermedad y la muerte"



Schopenhauer: "irracionalismo pesimista"

sus miembros, por la adaptación sorprendente de sus órganos a un régimen, por la variedad de sus armas ofensivas y defensivas, por la infalibilidad de su instinto y por la sutileza de sus estratagemas. Al contemplar la inagotable diversidad de estas formas, horribles o cómicas, cada una moldeada por un deseo, uno se las imagina como invenciones caprichosas de un demiurgo loco o delirante. Finalmente, en el hombre, la voluntad se da el lujo de una inteligencia fabricadora de instrumentos y de armas con las que el hombre compensa su debilidad nativa. La voluntad se eleva hasta la razón, que le permite, por medio de conceptos y palabras, almacenar toda la experiencia de la especie y substituir el presente inmediato del animal por un mundo abstracto y ficticio del recuerdo y de la previsión, que extiende el poder humano hasta el infinito.

Sin embargo, por grande que sea la riqueza y la extensión del conocimiento, sigue siendo una función tardía, precaria, intermitente, adherida a un sistema nervioso, a un órgano material cuyas vicisitudes sigue y comparte necesariamente. La razón está al servicio de una voluntad que secretamente la sostiene, la mueve y la utiliza, pero cuyo misterio permanece oculto.

Sin embargo, este misterio puede ser revelado. Esta voluntad que en la naturaleza era inconsciente, ciega, enmascarada, puede llegar a ser clarividente en el hombre, al menos bajo ciertas condiciones. El sonámbulo se despierta bruscamente y deja de ser víctima de la sugestión. Cae la venda de sus ojos y el secreto de la voluntad se le manifiesta en su crueldad trágica. Pero esta revelación no se debe a la ciencia ni al conocimiento de la realidad exterior, sino a una intuición metafísica que descubre al hombre la realidad interna de la vida, el sentido oculto del drama, al mismo tiempo que la desventura de las innumerables existencias en las que la vida está ligada por los lazos y las simpatías que se originan en la raíz misma del ser.

Detrás del mundo como representación, que es el decorado, el telón exterior del conocimiento, donde la inteligencia reina como ama y señora, se descubre el mundo como voluntad, en el que se plantea el problema de los valores, es decir: del "por qué" del sentido mismo de la vida.

Al descubrir en la voluntad el sustrato de la realidad, el hombre toma conciencia de la desproporción formidable que hay entre los fines perseguidos por ella y los sufrimientos incalculables, o los crímenes, que son el precio de un triunfo siempre efímero, de una felicidad que siempre decepciona. Al mismo tiempo se le revela la irracionalidad absoluta de esta voluntad ciega, idéntica a los egoísmos insaciables en que se ha dividido, fascinada por el espejismo del número. Voluntad feroz que se destroza con sus propias garras y que levanta por todas partes trampas en las que ella misma se precipita.

Esta ilusión febril del deseo alcanza su punto culminante en

el instinto de reproducción, en el amor de los sexos. Se llama entonces "Voluntad de la Especie" y es capaz de dejar ciego al individuo más clarividente, al más calculador, para obligarlo a perpetuar el error doloroso y siempre culpable que es la existencia, condenada de antemano al sufrimiento y a la muerte. Drama eterno y cotidiano que recomenzará perpetuamente mientras siga afirmándose el ciego querer vivir, que sin embargo, puede encontrar un desenlace feliz gracias al milagro que la naturaleza no había querido ni previsto: el nacimiento del genio redentor. Las formas bajo las que se produce este milagro son múltiples: el ascetismo de la santidad; el heroísmo intelectual del pensamiento; el arte que presenta a la vida una especie de espejo incorruptible donde ella se reconoce en sus profundidades trágicas. En todas estas manifestaciones, el genio representa siempre una anomalía de la naturaleza, una especie de enfermedad, una monstruosidad por exceso de la facultad cognoscitiva en la que se afirma un estado excepcional de desinterés heroico o meditativo. El genio despoja al hombre de sus instintos violentos, de sus deseos egoístas, para orientarlo al renunciamiento, a la liberación y al nirvana, hacia esa sabiduría eterna en la que los pensadores profundos de todos los tiempos han reconocido el fin supremo de la prueba dolorosa que representa para cada hombre la vida humana.

La obra maestra de Schopenhauer: *El Mundo como Voluntad y Representación*, apareció en 1819 rodeada del silencio más absoluto y de la indiferencia total del público interesado sobre todo en la filosofía de Hegel y en el movimiento revolucionario que culminó y fracasó en 1848. Fue a partir de esta fecha cuando la filosofía del rentista cásico y misántropo adquirió una popularidad y una preponderancia formidables en la vida espiritual de Alemania. El irracionalismo pesimista de Schopenhauer animaría la vida y la obra de otros dos genios alemanes del siglo XIX: Wagner y Nietzsche.

Por caminos que no podemos examinar con detalle en esta exposición, esta filosofía "barata", esta visión del mundo al alcance de todas las fortunas intelectuales, esta concepción simplista y elemental iba a proporcionar un asidero al germanismo mesiánico de Wagner y al anticristianismo de Nietzsche.

A través de estos tres hombres, Alemania se fabricó una especie de personalidad cultural original y en cierto sentido excepcional, apartándose del espíritu racionalista, cristiano y universalista de la tradición europea. La obra de Nietzsche puede definirse como una crítica a esos tres principios fundantes de nuestra civilización.

En muchas partes de su obra Thomas Mann se declara discípulo de estos tres hombres, pero es muy difícil precisar lo que toma de cada uno de ellos. Es imposible, por otra parte, hacer una síntesis sumaria del pensamiento de Nietzsche o de Wagner, entre otras razones porque es propio y contradictorio y porque está en continua transformación, sin que podamos descubrir en él un desarrollo orgánico y coherente en el sentido de la razón y de la lógica.

Esta tradición irracionalista alemana, sin embargo, puede caracterizarse sumaria y elementalmente en varios postulados que se encuentran en la obra de nuestro autor.

Estos postulados son: El primado de la vida y de lo irracional sobre la inteligencia y la razón. El primado de la muerte sobre la vida; de la enfermedad sobre la salud; de lo individual y único sobre lo común y lo universal.

A la larga, estos postulados habrían de expresarse en la vida colectiva de Alemania bajo la forma degradada de la superioridad de la raza germánica, con su contrapolo de antisemitismo y anticristianismo, y la pretensión tan disparatada como monstruosa de abrir un nuevo periodo milenario de la historia humana.

El primado de lo irracional no es nada nuevo en Alemania, ni siquiera en Schopenhauer. Proviene de Lutero, cuya teología se aparta de la escolástica. El problema fundamental para esta última era el problema del conocimiento de Dios en el cuadro de la filosofía tradicional platónica y aristotélica. A este principio racional del conocimiento, Lutero opone el principio irracional de la fe químicamente pura. Para él, creer no implicaba en manera alguna conocer. El creyente luterano encuentra su certidumbre íntima, no en un sistema lógico de verdades ni en una autoridad exterior representada por la Iglesia, sino únicamente en el llamado personal de Dios. La Reforma hizo irrupción en la teología platónica y aristotélica como los germanos irrumpieron en la civilización grecorromana.

Hay en *La Montaña Mágica* un pasaje que parece escrito a dúo por Lutero y Schopenhauer: "La fe es el órgano del conocimiento —dice Naphta—, el intelecto es secundario. Vuestra ciencia sin premisas es un mito. Siempre hay una fe, una concepción del mundo, una idea, en una palabra: una voluntad;

y la tarea de la razón es interpretarla, demostrarla siempre en todos los casos... Es verdad lo que conviene al hombre. En él está concentrada toda la naturaleza y toda la naturaleza está hecha para él. Ésta es la medida de todas las cosas y su salvación es el criterio de la verdad." Settembrini se subleva contra esta manera de ver, a la que tacha de pragmatista, pero no puede oponerle una teoría más valiosa del conocimiento. ¿Podríamos afirmar que Thomas Mann se inclina por la definición de Naph'a?

Aschenbach, el héroe de *La muerte en Venecia*, había pactado con las fuerzas destructivas y se había abandonado a su poder maléfico. Hans Castorp, el de *La Montaña Mágica*, se mantiene decididamente al lado del hombre civilizado y de sus intereses. Después de haber oído largamente las ideas extremas expuestas por Naph'a y Settembrini, concluye que la vía de la salvación pasa por el medio y respeta el primado de la persona concreta. De las interminables disputas de Naph'a y Settembrini, Hans Castorp saca una conclusión que a mi parecer expresa el pensamiento profundo del mismo Thomas Mann. Pero volvamos antes a lo que hemos llamado el primado de la muerte.

La muerte como un misterio tremendo, como una experiencia ennobecedora de rango metafísico más alto que la vida es uno de los temas caros al irracionalismo alemán. Hay en él una tendencia a venerar a la muerte como algo sagrado, como un valor superior. Esta monstruosa inversión de los valores vitales admite todos los matices, pero se polariza en dos actitudes: el refinado culto a la muerte propia, en el sentido de adecuada, apropiada a la vida del individuo, la muerte como corona, como diadema de la vida, que encontramos en Rainer Maria Rilke, quien tuvo la dedicadeza de morir por la infección que le provocó el haberse pinchado un dedo con la espina de una flor. Y el culto un poco menos refinado de la muerte que se expresa en el grito fascista de "Viva la muerte" y en las calaveras que adornaban los cascos y las charreteras de las tropas selectas nazis. Entre una y otra actitud no hay mucha diferencia. Si a mí me comp'ace vivir para la muerte, no es difícil que encuentre cierta comp'acencia en la muerte ajena, o por lo menos que ésta no me impresione demasiado.

En un estudio sobre Freud de 1929, encontramos en Mann una declaración de amor al romanticismo alemán que se distingue precisamente por su amor a lo patológico. Dice así: "...El siglo XIX no fue Romántico sólo en su primera mitad, a través de todas sus décadas, su orgullo científico fue compensado, e incluso sobrepasado por su pesimismo y por su comunión musical con la noche y la muerte; es por esta razón que lo amamos y lo defendemos contra el desprecio que le testimonia la época actual, infinitamente menos grande."

Este párrafo nos muestra el círculo de ideas en que se mueve el pensamiento de Thomas Mann. Él ama al siglo XIX "por su pesimismo y por su comunión musical con la noche y la muerte" y el criterio de este amor, su razón, es "la grandeza". ¿Puede imaginarse una declaración de fe irracionalista más radical? ¿Qué valores son éstos? La noche, la muerte, el pesimismo y la grandeza. Estamos a un paso del grito: "Viva la muerte", a un paso de *Nacht und Nebel*. Noche y Niebla. No necesito explicarles a ustedes lo que esas dos palabras significan.

El primado de lo irracional y la muerte se encuentran siempre latente en la obra de Mann, pero se expresan con particular perfección en ese pasaje de *La Montaña Mágica* que sin duda todos ustedes conocen: La declaración de amor de Hans Castorp a Claudia: "El amor, sabes —le dice Hans—, el cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no hacen más que una. Pues el cuerpo es la enfermedad y la voluptuosidad y el que hace la muerte. Sí; son carnales ambos, el amor y la muerte, y ése es su terror y su enorme sortilegio. Pero la muerte es por una parte una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y por otra parte es una cosa muy solemne y muy majestuosa —mucho más alta que la vida riante que gana dinero y se llena la panza: mucho más venerable que el progreso, que fanfarronea por los tiempos— porque es la historia y la nobleza y la piedad y lo eterno y lo sagrado que hace que nos quitemos el sombrero y caminemos sobre la punta de los pies..."

Ciertamente, no es ésta la última palabra de Thomas Mann. Ni siquiera la última de Hans Castorp, quien declara, unas páginas más adelante, en términos ambiguos, por una parte su fidelidad a la muerte y por la otra su decisión de no concederle ningún poder sobre su pensamiento. "La muerte es una gran potencia, nos dice. Quiero guardar en mi corazón la fidelidad a la muerte pero quiero recordar claramente que la fidelidad a la muerte y al pasado no es más que vicio, voluptuosidad sombría y antihumana cuando gobierna nuestro pensamiento y nuestra conducta."

Adviertan ustedes el carácter contradictorio de esta declaración.



Federico Nietzsche con su madre

ción. Yo confieso que no comprendo en lo absoluto qué significa esta fidelidad a la muerte, si no se trata de una forma enmascarada de tomar partido contra lo humano, contra el prójimo en su acepción más concreta. Es el odio al hombre y una voluntad secreta de destrucción. Nada se opone a que esta destrucción comience por ser autodestrucción. Esta voluptuosidad sombría y antihumana gobernó el pensamiento de Alemania durante un siglo, antes de gobernar su conducta durante los quince años más criminales e inhumanos de toda la historia del hombre.

Sí. Digámoslo de una vez. Nos parece que el círculo de ideas, la atmósfera espiritual en que se mueve la obra de Thomas Mann es exactamente la misma que la del nacionalsocialismo.

Sería necesaria una obra de varios tomos para mostrar cómo las construcciones —si puede haberse de "construcciones" en este caso— filosóficas de Schopenhauer, Wagner y Nietzsche, roturaron y abonaron el campo donde habría de florecer la ideología nacional-socialista y cómo el romanticismo alemán, que culmina en estos pensadores, preparó la inaudita degradación del espíritu de un pueblo hasta dejarlo listo para humillarse y someterse a la autoridad absoluta de una pandilla de gángsters tan estúpidos como astutos. Cómo fue esto posible, lo ignoro en detalle. Pero no es difícil ver que una filosofía que elimina la razón y el diálogo como instancias últimas, elimina con ellas el criterio de su propia jerarquía y abre las puertas de su propia degradación.

Ya en Nietzsche, la filosofía se convierte en una verdadera orgía de percepciones geniales, de actitudes proféticas grotescas y de vulgaridades absolutamente crasas, donde la contradicción no es obstáculo para nada, puesto que la verdad es sólo lo que la voluntad de poder consagra como tal, y donde la razón es sólo "una artimaña de los esclavos para destruir el universo de los señores" o una expresión de la debilidad y del resentimiento de los judíos; una artimaña semítica que ha infectado a Europa mediante la más sutil de las perversiones: el cristianismo.

Otro de los misterios del pensamiento alemán es la veneración y predilección por Federico Nietzsche. "Nunca jamás olvidaré —nos dice Thomas Mann— cuánto mis disposiciones personales han sido educadas, exaltadas y profundizadas por la pasión psicológica de Nietzsche. Hablo en Tonio Kröger del 'asco del conocimiento'. Es una expresión de excelente cuño nietzscheano, y el desencanto juvenil que en ella se expresa pone de relieve las semejanzas entre la naturaleza de Hamlet y la de Nietzsche, en la cual mi temperamento se reconoce como en un espejo, una naturaleza llamada al saber sin haber nacido verdaderamente para el saber."

Thomas Mann, formado en la escuela de Schopenhauer, Wagner y Nietzsche no fue, ciertamente, un nazi ni un colaborador de Hitler. Desde el primer momento, el hombre Thomas Mann, el escritor, el artista se sublevó contra la ola de salvajismo que inundó a Alemania, y predijo el triunfo final de la democracia. Pero no encontraremos en su obra principios filosóficos a nombre de los cuales hubiera podido oponerse al nacionalismo. Este burgués, inteligente y culto, no participa de la orgía bárbara. Pero ¿cómo no ver que los fundamentos filosóficos de su obra y el clima espiritual que priva en ella son los mismos a nombre de los cuales el nacionalsocialismo pretendió fundar un orden superior que gobernaría al mundo por los próximos mil años?

¿Cómo puede un hombre proclamarse discípulo de Nietzsche y no ser antisemita y anticristiano? La cuestión es que el nazismo se expresó con más violencia y con una irracionalidad más criminal fue, sin duda alguna, el antisemitismo, y un anticristianismo implícito en aquél, que no llegó a tomar formas abiertas y declaradas porque la guerra lo impidió, pero que sin duda hubiera llegado a ver la luz del día si nos atenemos a los testimonios que nos han quedado sobre las opiniones de Hitler y su fuente de inspiración: *La Genealogía de la Moral* y *La Voluntad de Poder* de Federico Nietzsche.

El Cristianismo se convirtió en reacción contra el judaísmo. Éste lo combatió encarnizadamente durante el tiempo de su primera expansión. Nietzsche percibe, sin embargo, en ello una continuidad del uno al otro, un parentesco profundo. Y tiene razón. Los cristianos, según la expresión del Papa Pío XI, somos judíos espiritualmente hablando.

Pero ¿cómo ve las cosas Federico Nietzsche? A sus ojos es la astucia judía la que puso en la escena histórica el ideal cristiano. La religión de Cristo no es para él más que un inmenso acto de venganza perpetrado por los judíos contra el esplendor del mundo antiguo. Los israelitas han ejecutado sus designios con un maquiavelismo supremo: crucificaron al fundador del cristianismo y negaron su religión con el fin de que los otros pueblos mordieran sin sospechas el anzuelo que se les tendía. Dejo al buen criterio de ustedes medir la perspicacia de esta visión de las cosas. El pensamiento judío, exasperado, avanzó tras un fantasma extraño y enmascarado llamado Jesús, maravilloso medio de seducción imaginado por Israel para servir a su rencor.

Admiremos aquí, comenta justamente Charles Andler en su monumental biografía espiritual de Nietzsche, la magia negra de esta gran política secreta del odio. De un golpe, el veneno mortal destilado por el alma judía se extendió por todo el cuerpo de la humanidad. Europa, América y el África misma son judías desde entonces. Porque el cristianismo no es, como podría creerse, "un movimiento en contra del instinto semítico, sino su consecuencia, una conclusión más de su terrorífica lógica". "Forma emancipada del judaísmo", pero judaísmo de todos modos, constituye la venganza de Israel.

Tomemos, por ejemplo, al Dios de los cristianos, este dios de las pobres gentes, de los pecadores, de los enfermos. Dios "bueno", Dios de una raza degenerada, pálido ideal de una vida descendente. ¿Opondremos su carácter de bondad al carácter de justicia que tenía el Dios de Israel? De ninguna manera. Por una y otra parte estamos en presencia de un mismo Dios "moral". Dios a la vez justo y bueno, que por esos dos rasgos reunidos se opone al dios agresivo, al dios fuerte, valiente, soberbio y arrogante, al dios malvado a ratos de los pueblos nobles, en los que la vida asciende. Donde quiera que vaya por el mundo y sea cual fuere el número de los que se adhieran, este Dios sigue siendo judío y su reino sigue siendo reino de ghetto.

No debe objetarse que ya Platón, y después Aristóteles, habían concebido un Dios que puede considerarse, al menos bajo ciertos aspectos, como un ancestro del Dios de los Cristianos. En la medida en que este Dios Griego aparece como trascendente, es decir, extraño a la vida y a las sanas pasiones de este mundo, es él mismo fruto de una primera contaminación del helenismo por el espíritu judaico. Platón, este anti-heleno, este semita por instinto, es "el gran puente que conduce a la corrupción" (*El origen de la tragedia*).

Con el Dios Judío, el Cristianismo aceptó la idea judaica de la salvación, para imponerse a los demás pueblos del mundo. Es la idea, judía, del pecado. La idea, judía, del sacrificio. Es toda la moral judía en su inspiración fundamental. Moral de resentimiento, moral de débiles y de esclavos, que se sustituye a la moral heroica de los griegos. La caridad cristiana es una caridad judaica incubada bajo la ceniza de la humildad y de la miseria en los pequeños círculos de la diáspora. El signo de la Cruz es el símbolo de la transmutación de todos los valores antiguos operada fraudulentamente por el espíritu judío.

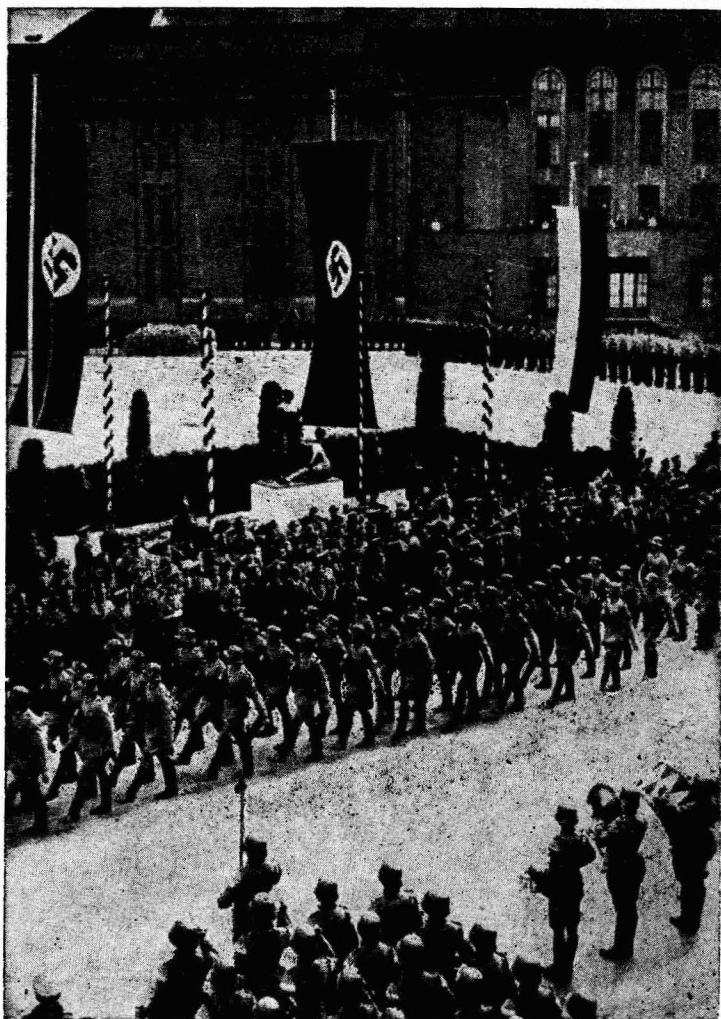
Nietzsche odia particularmente al Apóstol Pablo: "esta alma ambiciosa e inoportuna, este espíritu lleno de superstición y de astucia", esta nefasta cabeza cuadrada; este falsificador, este arquetipo de genio del odio, por el papel determinante que tuvo en la formación del nuevo culto. Nietzsche denuncia en él, como en Sócrates, a un decadente. Antes de Pablo no había más que un puñado de sectarios cuya influencia no estaba asegurada. Jesús fue para Pablo un simple "tema" de su música. Pablo resulta así "el inventor del cristianismo", por quien el pueblo judío, o más bien, la casta sacerdotal judía pudo marchar a la conquista espiritual del mundo.

Con Nietzsche llega el tiempo de operar una nueva transmutación de valores. Tiempo de rechazar no solamente los dogmas y los preceptos del cristianismo sino, más radicalmente, la cualidad del alma que los ha engendrado. Sobre las ruinas del cristianismo abolido había que levantar, por fin, un pensamiento finalmente puro, purificado de toda moral, lo que equivale a decir: purificado del espíritu judío.

Ésta es la raíz de la pretensión del Reich nacionalsocialista de fundar un nuevo periodo de mil años en la historia del hombre. Desde esta perspectiva resulta coherente la pretensión de llevar a cabo una colosal transmutación de valores bajo el signo de la cruz gamada. ¿Será una falta de respeto a Nietzsche hacer constar que el pensamiento nacionalsocialista carecía de moral y de espíritu judío?

Los párrafos anteriores sobre el judaísmo y el cristianismo los he tomado de *El origen de la tragedia*, *La genealogía de la moral* y *La voluntad de poder* de Federico Nietzsche.

Cito a continuación las opiniones de Hitler sobre este asunto: "El hecho más sensacional del mundo antiguo —dice el Fuehrer— fue la movilización del submundo contra el orden establecido. Esta empresa del cristianismo tenía que ver tanto con la religión como el socialismo marxista con la solución del problema social. Las nociones representadas por el cristianismo judío eran estrictamente impensables para los cerebros romanos. Para los romanos, los dioses eran imágenes familiares. Es difícil saber si tenían una idea exacta del más allá. Para ellos la vida eterna estaba personificada en cosas vivientes y consistía en una renovación perpetua. Tenían concepciones bastantes cercanas a las que eran corrientes entre los japoneses y los chinos cuando la swástica hizo su aparición entre esos pueblos. El judío, que introdujo fraudulentamente el cristianismo en el mundo antiguo para arruinarlo, ha vuelto a abrir la misma brecha en los tiempos modernos tomando como pretexto, esta vez, la



"la pretensión de llevar a cabo una transmutación de valores"



Hitler contemplando un busto de Nietzsche

cuestión social. Es el mismo truco de antes. Así como Saulo se convirtió en San Pablo, Mordokeo se convirtió en Karl Marx."

He aquí otro discípulo de Nietzsche. Las citas podrían multiplicarse y encontraríamos las mismas ideas, el mismo lenguaje y a veces las mismas expresiones.

A estas alturas ustedes estarán preguntándose con todo derecho. ¿Qué tiene que ver con todo esto Thomas Mann? Yo también me lo pregunto bajo otra forma. Me pregunto, ¿por qué este discípulo de Schopenhauer y de Nietzsche no avanzó hasta las últimas consecuencias del pensamiento de estos dos filósofos? ¿Por qué Thomas Mann no se unió a la cruzada contra la razón y contra el "espíritu judío" que según Nietzsche había envenenado las fuentes mismas de la vida humana?

No encuentro otra respuesta que la de que tal vez sea una feliz incoherencia. Porque Mann, que yo sepa, nunca revisó a fondo los fundamentos de su concepción del mundo y de la vida. En su lucha contra el nacionalsocialismo se limitó a echar mano de principios cristianos en los que creía a medias, como se cree en una fábula favorable a la vida, y en algunas ocasiones habló, sin aclarar del todo su pensamiento, de una falsa revolución alemana y de una verdadera revolución rusa, pero nunca se preguntó a fondo por qué la revolución alemana era falsa y la rusa verdadera.

Fue necesario el horror hitleriano y la guerra para que este espíritu, al que difícilmente podríamos llamar lúcido, cayera en la cuenta de que la ideología nacionalsocialista, particularista e irracional, negaba por igual a las dos concepciones universalistas y racionalistas que constituyen las dos grandes corrientes humanistas de nuestros días: el cristianismo y el socialismo.

De la ciega voluntad de vivir, como sustrato de la realidad; de la voluntad de poder como criterio último de la verdad y de la moral, y de las nociones de la vida ascendente y vida descendente, tenía que surgir la idea de una raza de señores, portadores de la moral superior, y de una raza de esclavos portadora, para Nietzsche, por igual de las ideas degeneradas del cristianismo y del socialismo.

En 1937, Mann publica un ensayo titulado *Cristianismo y Socialismo* del que cito algunos párrafos:

"El hombre [se trata de Hitler] que confunde verdad y mentira pretende abatir el cristianismo" [entre paréntesis, al hacer esta crítica, Mann olvida que para su maestro Nietzsche la verdadera filosofía está más allá de las parejas de opuestos: bien y mal, verdad y falsedad]. "Se puede dejar abierta la cuestión de saber si la evolución histórica exige o no que el cristianismo sea superado. Pero hay que decir, sin embargo, que si alguien está descalificado para decidirlo es el hombre de quien hablo. No es descendiendo por debajo del nivel moral al que ha llegado la humanidad gracias al cristianismo como se puede pretender haberlo superado, sino elevándose por encima de él. Y no es eso lo que podemos esperar de los propagandistas que nos anuncian su decadencia. Goethe decía a Eckermann: "El espíritu humano no sobrepasará la elevación moral alcanzada por el cristianismo tal como resplandece en los Evangelios, y hoy en día algunos literatos revolucionarios se imaginan haber terminado con él. Es una impudicia inaudita. El cristianismo ha sido una exigencia demasiado alta y demasiado pura, de tal manera que no ha podido alcanzar aquí abajo otra forma que la de un juicio moral que esclarecía a las conciencias. Pero su disciplina nunca ha sido tan necesaria como en nuestro tiempo en que la ignorancia y la barbarie se afirman en todo su horror precisamente en aquellos que pretenden haber superado el cristianis-

mo." Noten ustedes que Mann recurre a Goethe para fundar el valor del cristianismo. Ahora fundará el socialismo en una cita de Nietzsche:

"El materialismo —nos dice— puede tener fundamento idealista y religioso más real que el sentimentalismo pretensioso de los que desprecian la materia. No significa en manera alguna un rebajamiento del espíritu; significa la voluntad de penetrar de humanidad la materia, que se expresa tan bien en la magnífica sentencia de Nietzsche: 'Nosotros queremos impregnar a la Naturaleza de humanidad... queremos tomar de ella aquello de que tenemos necesidad para soñar más allá del hombre'. Es ésta una expresión de la más alta humanidad, del más alto amor por el hombre y de su elevación por encima de sí mismo. Es una palabra de artista auténtico. Porque el arte ¿ha hecho jamás otra cosa que impregnar la naturaleza de humanidad, tomar de ella lo que necesitaba para elevarla, para enriquecer la vida en el acto creador? En el arte el espíritu ama a la materia. Testimonio del deseo de dar una forma y un sentido a la vida. Sí, ese instinto natural existe. Conozco una expresión del gran individualista Nietzsche que emite un sonido bien socialista: 'El pecado contra la tierra es el pecado más terrible... No ocultar la cabeza en la arena de las cosas celestes, sino llevarla orgullosamente, esta cabeza terrestre, que crea el sentido de la tierra'. He ahí el materialismo del espíritu; es el retorno del hombre religioso a la tierra que representa para nosotros el Cosmos. Y el socialismo no es otra cosa que la decisión, que se nos impone como un deber, de no volver la mirada hacia las nubes metafísicas huyendo de las exigencias más urgentes del universo material, de la vida social y colectiva, sino estar con aquellos que quieren dar un sentido a la tierra, un sentido humano."

A la edad de 75 años, en 1950, Mann publica un ensayo titulado "Mi tiempo" en el que parece ver claramente la relación entre el irracionalismo y el advenimiento del fascismo alemán: "El nihilismo —nos dice—, que Nietzsche había predicho como inevitable, ¡y que debía cumplirse como forma de vida intelectual en el curso de la segunda guerra mundial!, estaba ya listo en los puntos extremos de la inteligencia, por ejemplo, en los escritos de un Ernst Junger. Alguien que entendía de ello ha llamado al nacionalsocialismo la revolución del nihilismo —y lo fue, mezclado a siniestras creencias en lo inhumano, en el elemento prerracional y tónico, en la tierra, en el pueblo, en la sangre, en el pasado y en la muerte. No es —añade— que estos elementos específicos de la época hayan sido completamente nuevos para mi madurez de hombre. Pero quiero decir esto: nosotros, hombres de edad, hemos conocido la reacción contra el liberalismo y el racionalismo bajo una forma que era todavía la de una extrema cultura; un sombrío juego llevado a cabo por el humanismo mismo, como un pesimismo que se expresaba en la prosa de nuestra gran época de cultura humanista y cuya orgullosa misantropía no abjuró jamás del respeto de la idea, de la vocación superior, de la dignidad del hombre. Hablo de Schopenhauer y también de Nietzsche, que derivaba de aquél, y transformó su pesimismo en lirismo dionisiaco pero que, incluso en la apostasía, siguió siendo su discípulo; humanista hasta en sus más estridentes y dolorosas excentricidades, colocando en el centro de su filosofía la elevación del ser humano, su porvenir, su liberación de las humillaciones morales."

¿No es asombroso? Cinco años después de terminada la segunda guerra, Thomas Mann reitera su fe en el humanismo de Schopenhauer y Nietzsche. Humanismo alemán en el que resultan perceptibles a cada paso las manifestaciones de la inhumanidad más cara.

Termino aquí estas consideraciones sobre Thomas Mann. Produce vértigos ahondar más en este misterio del irracionalismo alemán en el que nunca se encuentra el fondo. Cada vez que creemos pisar terreno firme, hallar una salida, una nueva contradicción, una nueva afirmación del primado de lo irracional nos hunde en el abismo de la sinrazón.

La locura, la enfermedad de Nietzsche, elogiada por Mann como fuente de su genio, se apoderó una vez de todo un pueblo. Y el mismo hombre que tantas veces se dirigió a él para invitarlo a abandonar esa locura arrogante y homicida, al fin de sus días declara su fidelidad a la tradición irracionalista y antihumana de la Alemania del siglo XIX.

¿Podemos esperar que un día esta siniestra ambigüedad quede definitivamente despejada y desterrada de la cultura moderna? En todo caso, me temo que no serán hombres como Thomas Mann los que ayuden a realizar dicha tarea. En la Alemania contemporánea, y aún más allá de sus fronteras, bajo la ceniza de la prosperidad siguen vivas las brasas de la voluntad de poder, del odio a la razón y de la fidelidad a la muerte y no es imposible que vuelvan a invadir al mundo con su ola aterradora.